

Prof. PIO EDUARDO SANMIGUEL
 Psicólogo-Psicoanalista
 Universidad Nacional de Colombia - Bogotá

LAZO SOCIAL: ¿LAZO PERVERSO?*

a LECTURA DE LACAN.



ORVILLE, ITALIA (S. XIV)

Este texto expone el estado actual de una reflexión sobre lo social que he venido articulando en torno a las formulaciones sobre la perversión y el lazo social¹. Los signos de interrogación que introduce en el título subrayan el estado de pregunta de este esfuerzo e introducen una elasticidad en la correspondencia tan unívoca de lo social con lo perverso formulada desde el principio con los dos puntos.

A primera vista, la idea no resulta ni muy novedosa ni muy difícil de llegar a establecer, al menos en el nivel en que intento plantear el asunto. Situaré desde ahora cuál es ese nivel, trayendo a colación el planteamiento que desarrollé durante una conferencia en enero de este año sobre este mismo tema². Planteé entonces que era posible pensar que el lazo perverso hiciese las veces de lazo social, en situaciones particulares en las que el lazo social pudiese sufrir un estancamiento o estar marcado por una imposibilidad. «Se trataría pues, para precisarlo, por una parte, de pensar la perversión de todo lazo, o bien de pensar que, estando imposibilitado el lazo social, el lazo perverso,

* Conferencia pronunciada el 6 de noviembre de 1998, en el marco de la serie de conferencias *Cada uno con su tema*, organizada por la Asociación lacaniana de analistas de Bogotá ALDABON.

1 Se recomienda la lectura previa de los ensayos *Un domingo de delirio* y *«Algo más sobre literatura y realidad»* de G. G. Marquet. En: *Notas de Prensa*, Santate de Bogotá, Norma, 1995.

2 «Lien pervers: lien social». Reflexions a partir du quotidien a Santate de Bogotá. Conferencia pronunciada en la Association freudienne, Paris, Enero de 1998.

inexistente como lazo social, vendría a tomar el lugar de esta imposibilidad.»

EL LAZO SOCIAL

Hay una paradoja inherente a este planteamiento que ha de explicarse. Afirmo que la perversión no hace lazo social, y sin embargo lo califico de «lazo», cuando digo: lazo perverso. Lo que está en el trasfondo de esta forma de plantear las cosas es la necesidad de diferenciar lazo y lazo social. Tal vez desde cierto punto de vista no pueda sostenerse esta idea, sobre todo desde el campo del lenguaje que conforma lo humano, y seguramente algunos estarían listos a afirmar rápidamente que todo lazo es lazo social. A primera vista, el perverso establece con otro un vínculo, pero, también a primera vista, ese vínculo reduce al otro a puro objeto del cual va a extraer algo: un goce, por ejemplo, o una constancia, una constatación también. En ese trámite, lo importante es que el otro no chiste, o que si interviene, lo haga dentro de lo presupuesto. La emergencia desde ese otro lado (el otro), de algo inesperado va a producir una hecatombe; no un replanteamiento de la relación establecida por el hecho de lo nuevo sino una ruptura radical de lo que se ha emprendido, o también un forzamiento para hacer entrar las cosas dentro del rumbo que traían y que se concibe como el único posible.

Como ejemplo, recuérdese la manera estereotipada como se plantean los vendedores en los buses de Bogotá. Ya sea que vendan religión, incienso, que se digan representantes de una reconocida empresa o testigos de un proceso de rehabilitación, de reinserción, todos van a plantearse, no sólo de la misma forma, sino con las mismas palabras y en el mismo orden! Todos pondrán en juego un objeto o varios³. Se trata de un esquema muy rígido y que se repite incansablemente; debe subrayarse además esa característica de no ser un formato por ejemplo, sólo de vendedores, o sólo de religiosos, sino que lo usa todo el que se sube a los buses y no es fácil explicar por qué o cómo fue que llegaron todos, de tan diverso origen, a confluír en esa misma fórmula. No hay una escuela, tampoco se trata de un texto escrito que se

aprende de memoria y luego se recita; tampoco parece ser una gran fórmula de venta económica; pero una fórmula sí es. Y es eficaz. ¿Para qué lo es?

Esta fórmula no ha sido la misma con el pasar de los años: se ha ido puliendo, precisando. ¿En qué sentido? La fórmula ha cambiado en la misma medida en que los pasajeros han reaccionado de una u otra manera a lo que se les pedía que hicieran. Por ejemplo: al principio todo el mundo, sin excepción, recibía el objeto; pero ahora la mitad, si no más, no lo recibe, y la gente hace grandes esfuerzos para no quedar atrapada en lo que se le propone. No obstante, sea que miren por la ventana, que lean, que se hagan los dormidos, los elevados, que digan que no, ahí están, en esa relación establecida a la fuerza. Entonces, la fórmula ha cambiado para contrarrestar, para anticipar cualquier manifestación inesperada del otro. La fórmula es una especie de antídoto, de contra. Cualquier manifestación de ese otro como sujeto, se tira el montaje y hace que todo se derrumbe. Por lo tanto la transformación paulatina de la fórmula hace que se restablezca el *status quo*. En ningún momento y por ninguna razón esto va a producir, por ejemplo, una transformación radical en quien vende, por ejemplo, para abandonar esa posición; si bien es cierto que eso puede producir una huida temporal, el camino del restablecimiento parece ya marcado por la transformación de la fórmula. De hecho, antes la fórmula era segunda y no primera respecto al momento en que se repartía el objeto entre los pasajeros; y la gente ni siquiera se preguntaba si se lo estaban regalando, o qué sucedía! Sólo lo sostenía en sus manos o en su regazo, porque hubo un tiempo en que (tiempo intermedio entre el momento en que la gente empezó a no recibir el objeto y la transformación de la fórmula), no importaba que el otro se hiciera el dormido, leyera o en fin, que no pusiera atención, lo cierto es que se encontraba con ese objeto entre las páginas del libro, entre las piernas, etc., y de esta manera quedaba amarrado a no dejarlo caer, a que no se perdiera tal vez, hasta que la persona volviera por él y lo

recogiera; algunas personas empezaron a sentirse molestas con la situación y aunque la mayoría entregaba el objeto, otros simplemente esperaban que fuera recogido, como diciend-

3 Alguien me contaba recientemente, bastante sorprendida, haber asistido en un bus a la presencia de un mudo, vendedor igualmente de algo, y lo que le sorprendía era hasta qué punto podía entender perfectamente lo que él estaba «diciendo», transmitiendo, porque era justamente lo mismo y en el mismo orden que algo que ya había «oído» muchas veces y que pasaba por el consabido «discúlpenn si les quito unos minutos de su apreciado tiempo» y «en el día de hoy les vengo ofreciendo...» etc.

do: «yo no recibí ese objeto, yo no lo entrego»; no obstante, ¡fueron sus guardianes todo ese tiempo! Guardianes del objeto.

Si un vendedor no recogiera el objeto, si pasara por encima como haciendo el que no lo vio, seguramente la reacción de aquel que quiso inocentarse, será la de entregarlo enseguida, demostrando con ello hasta qué punto está ahí sin poderse sustraer a la situación. Pero el vendedor tampoco lo hará, tampoco correrá ese riesgo porque teme una inesperada reacción, de silencio en este caso, que lo dejaría con un objeto que falta. Es cierto que sería un gran triunfo si, atreviéndose a correr el riesgo de que no se lo entregue, ve venir del otro la constatación, la constancia que antes mencioné: que él sí tiene el objeto en cuestión, pero es un riesgo que no se toma. De hecho, hay diversas maneras posibles de reaccionar, que pueden ser categorizadas, tal vez en la búsqueda de una salida a este estado de cosas.

Es evidente que aquí hay un lazo establecido con el otro, pero ¿es social? Cuando el otro en cuestión es abordado como puro objeto, es decir, usado para el goce, para producir goce, no lo es. Pero esto no parece suficiente; este caso muestra que hay una articulación con el otro que obtura insistentemente cualquier filtración de lo inesperado, porque lo inesperado revela caduco el montaje de venta, hace aparecer un sujeto del lado del objeto y junto con él la revelación de lo imposible, de un punto de imposibilidad en el lazo establecido con el otro. Y esto parece resultar insostenible. Esto quiere decir que un lazo social le otorga un lugar a lo imposible mientras que no todo lazo conlleva obligatoriamente el establecimiento de ese lugar. En este ejemplo, otorgarle un lugar a lo imposible implica la asunción de que, del otro lado, en alguna parte, se trata de un sujeto, a pesar de los esfuerzos que puedan hacerse para que no sea más que objeto para el goce.

Basta de muy poco para hacer tambalear esta diferencia. Gran parte de la discusión que el psicoanálisis parece poder aportar al uso de los avances científicos y de la tecnología que se desprende de ellos tiene que ver con esto. En las recientes discusiones sobre fertilización asistida, óvulos donados, esperma y óvulos congelados, la pregunta era: ¿A dónde se ha ido lo imposible, por ejemplo, lo imposible de tener un hijo de un marido que ya ha muerto?, caso extremo éste porque nos revela que es la muerte la que

queda allí absolutamente sobrepasada. ¿Se deshace porque ya no se necesita del otro, de su acuerdo o su desacuerdo para acceder al objeto hijo, en cuyo caso del otro no queda sino su aspecto más objetual, más crudo (allí el compañero no es sino esperma)? ¡O más bien debemos pensar que lo único que hace el lazo social es articularse de otra manera, tal vez con la ciencia misma, con la tecnología y sus guardianes, y que lo imposible, si ya no está ahí, se halla tal vez desplazado a otro lugar?

Cuando se examina lo que es un lazo social desde el punto de vista de la psicología de las masas, resulta difícil mantener esta diferencia con la perversión, pues ¿acaso no se trata en el lazo social de establecer un vínculo con el otro que le otorgue un cierto goce, una cierta ilusión? ¿y no pasa esto obligatoriamente por una cierta reducción del otro a objeto? ¿y no hay en ello además mucho de taponamiento de lo imposible, por ejemplo, en la institución religiosa, que termina negando la muerte? Desde el punto de vista de la psicología de las masas un lazo social es una identificación que establezco con otro por medio de un elemento tercero que es un líder, un tótem, o un nombre del padre, en el sentido de una idea, una teoría. Y en el reconocimiento mutuo que se le otorga a ese nombre del padre, los integrantes del lazo social (de dos en adelante) se van a permitir descargar una serie de responsabilidades; se van a permitir una cierta laxitud, un indudable laxismo y una cierta indiferenciación para poder gozar. Ello implica, inevitablemente, una cierta pérdida del sujeto en favor de la erección del individuo, entendido este último como una cierta suma de identificaciones.

Con estos últimos elementos, resulta que no hay un piso firme para continuar sosteniendo la perversión por fuera de lo que constituye lazo social. No obstante, es necesario aún estudiar detenidamente cuál es el estatuto del nombre del padre en el lazo perverso, elemento que podría ayudarnos a resolver este interrogante. Subrayemos qué tenemos: un lazo que destaca más la ausencia que la presencia, y para el que el otro es un objeto de goce; tenemos además esta manía de taponar la falta.

EL LAZO PERVERSO

Para avanzar un poco más por esta vía, examinemos la siguiente situación: «Luego de presentarse

como representante de una reconocida casa, representante de ventas en gira comercial y promocional, un joven de pulcra presentación, extrajo de un maletín un vasito plástico que contenía concha de nácar. Más allá de lo que él pudiera decirnos sobre las múltiples y maravillosas cualidades de esa concha, afirmaba que estaba dispuesto a hacernos una prueba de su eficacia. Para eso, sacó una botella que contenía yodo, y no dudó rápidamente en manchar su muy blanca camisa con ese líquido, luego de instar a algunos de los pasajeros a comprobar que en efecto se trataba de yodo. Por supuesto, nadie lo hizo. Acto seguido, destapó el recipiente que contenía concha de nácar y se lo untó también en la camisa, recubriendo con éste la mancha de yodo. Entretanto, empezó un florido discurso sobre las propiedades de la concha de nácar, relatando primero su extracción, sus diversos usos, luego su alto valor en el mercado, los lugares donde se podía conseguir, y de pronto, interrumpiendo su discurso llamó la atención sobre su camisa, sobre la que no quedaba rastro alguno de la horrible mancha amarilla y donde lo único que se veía era una camisa mojada pero muy limpia, blanca, del blanco original. Luego de esto, continuó su perorata, que rápidamente cayó sobre el irrisorio precio en el que estaba dispuesto a cotizar tan formidable objeto. En el bus no había mucha gente, tal vez menos de uno por silla en promedio. Yo creo que unas seis personas le compramos. Yo compré tres. Había razones para ello. No era una mancha de camisa pero sí una cicatriz en la cara que una niña se había infligido con un vidrio al romperse una botella. Recuerdo que el señor hasta se me acercó y me dio algunos consejos de conservación del producto: no lugares calientes, más bien frescos, o si no, en la nevera. Ya se sabe lo que sigue: el producto, de una consistencia viscosa semilíquida, resultó siendo agua jabonosa. Años más tarde volví a encontrarme en la misma situación,

misma camisa blanca, mismo producto. Me concentré entonces en lo que sucedía pero, ¡zim zalabím!, la mancha desapareció ante mis ojos sin que yo me hubiera podido dar cuenta cuándo ni cómo. Todo lo demás ocurrió de la misma manera, y aunque tuve el impulso momentáneo de seguirlo para volverlo a ver realizar su acto, deseché enseguida la idea, pues rápidamente me percaté que no había ya nada que ver, que todo estaba ahí.»

La claridad de este ejemplo nos permite examinar algunas de las particularidades de un lazo perverso. Nos hallamos de pronto en una situación en la que (con nuestra mirada, con nuestra esmerada atención, y también con nuestra compra que con gusto realizamos porque estamos seguros de estar pagando una bicocada a cambio de ese objeto maravilloso, precioso, brillante, ese objeto que en ese momento era justamente lo que nos hacía falta, ese objeto que viene a colmar una falta), vamos a sostener el lazo que se nos propone⁴.

A pesar de demostrar que allí se juega un rasgo fundamental de lo perverso, no deben concluirse o retomarse las cosas diciendo: «en una ocasión, un perverso se subió a un bus a vender crema de nácar». Si esto fuera posible, nada impediría formular la cosa así: «había una vez una partida de perversos en un bus cuando de repente se subió un pobre vendedor... etc.» Esto quiere decir que el otro está comprometido en el sostenimiento del estado de cosas, y que inocentarse es justamente lo equivalente a tildar al

otro con un mote patologizante⁵. La perversión es indefectiblemente un lazo y no podría ser concebida por fuera de éste, dados los requerimientos de puesta en escena. Este sólo aspecto revela que la perversión es capaz de mostrar la verdadera dimensión de las relaciones entre la persona y la masa.

Entonces: en el lazo establecido (no se ha dicho para qué se establece) cada cual tiene su parte y la cosa funciona siempre y cuando cada cual juegue su rol.⁶

4 Aquí se precisa lo que llamo lazo perverso. Es una categoría que permite otorgarle la justa perspectiva al nivel en que intento cernir este problema y no caer, en cambio, en un punto de vista «personalista», como opuesto a una perspectiva de masa, social, comunitaria, colectiva. Es el problema en que se encuentra tanta psicología social, y que generalmente se resuelve con una disyunción dualista: o hablo desde la persona o hablo desde lo social, se dice. Sin embargo, se oyen declaraciones que afirman que el hombre es social sin que lamentablemente sepa uno cómo se resuelven manteniendo esta dicotomía.

5 Al entender así la designación patologizante, también puede decirse que el mantenimiento de esa diferencia entre el individuo y el grupo, es una manera de inocentarse; en cuyo caso no habría gran diferencia con la perspectiva psiquiátrica si no es la teoría sobre la que se cree poder fundar tales juicios.

6 Esto recuerda la estructura de ciertos chistes donde lo importante no recae enteramente sobre lo que se cuenta sino en el lugar en que se ubican relator y oyente. Mi padre, por ejemplo acostumbra contar un cuento que sólo a él hacía reír. Se trataba de un acto de circo en el que un domador metía la cabeza en la boca del león y la sostenía allí durante unos minutos. Eso sí, rogaba al público absoluto silencio, pues cualquier ruido haría cerrarse las fauces del león. Se tomaban entonces las precauciones necesarias, sacando de allí a toda persona que pensara no poder contenerse y, efectivamente se realizaba el acto. La gente guardaba absoluto silencio y todo salía bien. Un alemán que presenciara alguna vez este espectáculo, decidió

Hay una objeción que puede formularse a este planteamiento: aunque es cierto que para que ese lazo exista se necesitan dos; hay uno que, dado el caso ocupa el lugar de sujeto, de agente, y el otro que con su mirada, su semblante, su compra, o su desprecio también, ocupa el lugar del otro del lazo perverso ahí establecido. Esta diferencia es importante sostenerla para entender cómo funciona la corrupción; pero también es cierto que hay mil otras situaciones de la vida social, y por tanto múltiples ocasiones en las que ese otro será el mismo que ocupará el lugar del sujeto y que obligará a otro a servirle de partenaire. Se trata simplemente de saber que tal vez esas otras situaciones no son tan fácilmente asequibles a la insolencia con que se permite escudriñar al interior de un bus. Es evidente, por lo demás, que éste no es un hecho aislado sino que se halla ubicado en el centro de la problemática del lazo social y es por lo tanto algo que nos concierne.

LA SERIE DEL OBJETO

En el ejemplo expuesto, se trata de hacer surgir el falo en esa relación, entendido aquí como lo que completa. Éste no es sin embargo el objeto en venta, o no exactamente. El falo es algo que allí mismo, en el interin.de la relación establecida, es producido. Es el objeto, sí, pero en el momento en que brilla; en el momento en que se convierte en lo buscado; lo que justamente era esperado porque faltaba y que allí, por efecto de la relación misma, se cataliza, se positiva. Esto es lo que concierne a la renegación de la castración, que es justamente el rodaje de un tinglado, de un aparataje destinado a demostrar que la madre está provista del atributo fálico. Por eso, ese objeto representa el falo materno. Y ya se sabe cómo se logra: en el asentimiento del partenaire, en su sorpresa, en su compra, en su atención esmerada. Ahí esta el falo, ahí esta el

para qué de este lazo: la constatación, la constancia buscada y hallada que es renegación de la castración.

Detengámonos sólo un momento en el estatuto de estos objetos y hagamos una serie: el oro, la cocaína, la esmeralda, entre otros, son objetos refulgentes cuyo brillo depende de ciertas condiciones, pero también objetos que perderán esa condición una vez que se interrumpa el lazo que los hace brillar. Examinemos lo que sucede con lo que se compra en un bus: basta de muy poco tiempo, el tiempo de volver la vista sobre el objeto tal vez una vez que la relación establecida ha finalizado para ver lo que sucedió: ¡por supuesto que el objeto no era lo soñado, es un robo, una estafa! Ese objeto muestra entonces su faceta de objeto a, en el sentido del desecho, de la nada, del desperdicio.

Además, cuando esto sucede no hay ningún lazo, ningún vínculo que permita volverse y decir: «¡oiga, usted me robó, me engañó, devuélvame lo mío!» Esto es lo que sucede con el objeto de contrabando, si puede entenderse, a partir de lo expuesto, que una nevera de contrabando no es igual a la misma nevera, de las mismas características importada legalmente; y lo que la hace diferente es el lazo social, las coordenadas, en que se entra cuando se la adquiere.

Esto ayuda a precisar la particularidad de este lazo: si lazo social hay, éste sólo dura el instante de la mirada, de la refulgencia, el tiempo en que ese lazo tiene lugar realmente, factualmente. Una vez interrumpida esa relación nada queda, ni objeto, ni sujeto. Esto no es ninguna división subjetiva, es una expulsión del sujeto por fuera de todo lazo posible, es un anodamiento, una aniquilación, es realmente la reducción del otro a puro objeto de goce, es mango que se chupa y pepa que se bota.

¿Qué es lo que, en apariencia al menos, hace aquí lazo social? El falo, su aparición; lazo que asimismo su desaparición cancela.

Escuché recientemente que ya existe una manera de tratar las esmeraldas para eliminarles el jardín⁷. Este procedimiento parece

desde entonces seguir el circo donde fuera por su periplo en América para presenciarlo una y otra vez. Después de muchas presentaciones, alguna vez en Argentina una mujer no pudo aguantarse y gritó durante el acto, lo que hizo que el león cerrara enseguida sus fauces, con los nefastos efectos sobre la vida de su domador. Entonces el alemán asintió; y se alejó para nunca regresar.

Lo que esto dejaba sin explicación para quienes lo escuchábamos, sin embargo, era el regocijo de mi padre contando el cuento y hasta la risotada al final de la narración. Muchos años después entendí que lo que causaba ese regocijo era la atención esmerada que poníamos los oyentes a la manera como él contaba una y otra vez la preparación del acto, que llegaba a repetirnos hasta cinco veces sin nada nuevo, antes del desenlace. Esa repetición no era en absoluto necesaria para la historia, sino para demostrarnos hasta qué punto nosotros mismos, los oyentes, quedábamos entrampados en un relato que esperábamos verse desarrollar hacia algún polo inesperado. Es decir, quedábamos en el mismo lugar de un público que nada constata, pues nunca sabrá si el león en verdad cierra la boca. Nos habíamos prestado para oír la historia, y al final nos quedábamos con la boca abierta.

sacarle brillo a la esmeralda, mucho más que aquel, autorizado y conocido al parecer, de bañar la joya en aceite. Pero al mismo tiempo, induce una degradación en la pieza que, en quince días más o menos, la reduce a menos que nada, quitándole todo su valor comercial. Todo se destapó cuando un hombre, extranjero al parecer, que invirtió una verdadera fortuna en una de estas joyas, quiso volver y quejarse, porque entonces le negaron totalmente haber vendido tal esperpento. Es un paquete chileno: se cree que se da mucho menos de lo que se recibe, para hallarse, primero, con que en realidad no se recibió nada; y segundo, lo cual es peor, que tampoco hay manera de recuperar lo que se dio. Esto es: una expropiación del goce.

Tracemos ahora una línea que vincule estos objetos con los que promueve la cultura occidental. La economía del consumo es una economía del consumo de objetos, en la medida en que estos objetos le aportan al individuo o al menos son una promesa de un poquitico de goce. Ahora bien, son también objetos que han recorrido un cierto camino. Pero, al contrario de lo que se creería, ese camino no consiste en demostrar su poder de producir goce; muy al contrario, se trata del poder de mantener en vilo la promesa de goce sin colmarla. Son objetos que han mostrado sus límites, sus imposibilidades en cuanto a la producción de goce, ofreciendo no obstante siempre un poquito de goce que es el que lo mantiene en el lazo social como objeto plausible de usufructo y que hace que haya, no obstante, un cierto intercambio siempre posible. Ello no desdice del carácter fundamentalmente fálico de los objetos de consumo, es decir, que son presentificación de lo que haría gozar. Si hacemos aquí la serie de objetos de consumo podrá verse con claridad que remiten a la mujer como objeto, a la mujer como falo, como objeto de mirada y goce, tanto de hombres como de mujeres. No se trata aquí de aquello que hace pregunta y sirve de motor para que el mundo siga girando; no es el enigma irresoluble que se resume en la pregunta ¿qué es una mujer? Es la mujer reducida a ser toda falo; lo cual justifica que las mujeres se quejen; ¡y también las feministas!

En esta serie de los objetos hay que introducir otro: el cuerpo. Aunque resulte evidente es

importante evidenciar que esos objetos no sólo están contruidos a imagen y semejanza del cuerpo sino que en última instancia remiten a él; con esto queda establecida una peligrosa equivalencia: cuerpo es igual a atributo fálico, que aunque no esperó a occidente y su escalada objetalizante para plantearse, sí es cierto que la promoción del objeto propia de la ciencia moderna lo subraya, lo enfatiza, y casi que lo fuerza imperativamente. Tal vez esto ayude a explicar la escalada del suicidio y ofrezca asideros para abordar con mayor solidez los fenómenos en que los adolescentes de hoy parecen empantanados; empantanados con su propio cuerpo, sobre el cual quieren escribir, que quieren tatuar, sobre el que se imprime una inscripción mediada por el dolor, único medio tal vez para que la escritura haga de mampara, de distancia a la posibilidad de quedar allí imbuido, tragado, desaparecido; para no tener que buscar tal vez soluciones más drásticas; y en esta serie, claro está, se pueden ubicar todas las artes de culto corporal, desde el Tai-chi hasta lo grotesco de un gimnasio, pasando por las cirugías para quitar y poner partes del cuerpo hasta los reinados de belleza, corporal, masculina y femenina, etc.

Subrayemos ahora una categoría particular de objetos producidos por la cultura occidental. Es un objeto intermedio; intermedio entre ese objeto que ya ha recorrido un cierto camino (un cierto camino hasta ubicarse como un objeto que no sólo tiene valor de uso sino también valor de cambio, y adquirir ese doble valor define que pueda ser introducido dentro de la serie de los objetos que en un grupo social ofrece un cierto goce, sin por ello taponar la imposibilidad, su límite, y en este sentido son objetos que dejan una puerta abierta para el deseo; no importa que, bajo el imperativo del consumo, ese deseo se vaya a alienar en un deslizarse de un objeto a otro y a otro). En el otro extremo está ese objeto que ofrece el vendedor en el bus. Objeto que es la quintaesencia del valor de uso por su atemporalidad. Porque aparece con extremo fulgor para desaparecer enseguida, mostrando que su uso es el goce y nada más. Objeto que jamás podrá recorrer ese camino que lo lleve hasta el otro extremo (salvo por la vía de la sublimación, como lo insinuó Freud; esto se desarrollará al fi-

7 El jardín son esas impurezas que siempre tendrá toda esmeralda auténtica, en mayor o menor grado. Resulta un tanto absurdo dicho procedimiento, pues se sabe que esa es una de las particularidades que permite distinguir la auténtica de la producida en complejos laboratorios. Cosa hermosa y digna de subrayar: la auténtica es la imperfecta, la impura.

nal). Entre estos dos, un objeto intermedio, que la cultura se ha encargado de nombrar: es el *gadget*, ese objeto inútil que compramos porque creemos que nos va a resolver un problemita; objetos que terminan por no usarse nunca y ruedan por las casas mucho tiempo sin que se decida botarlos a la basura. Es muy probable que justamente los objetos con que la cultura invita a adornar a la señora y a la madre en fechas memorables (los electrodomésticos) hayan sido en su origen estos objetos intermediarios; en este sentido, son objetos en sufrimiento, objetos a la espera. Igual se los puede pisar al pasar y sellar con ello su muerte, como fijarse un día en ellos, jugar un poco, tal vez guardarlos para después, etc. La traducción al español de este término no es fácil: adminículo, artefacto... El Simon & Schuster ofrece, entre otras, la siguiente traducción: cachivache. Es el nombre que lleva una institución para los mal llamados indigentes; ellos mismos, fueron introduciendo el plural: cachivaches. Esta pista me llevó directo hacia la palabra que debía traducir la de *gadgets*: desechables, verdadero nombre que un humanismo malintencionado ha querido refundir. Pero es confiando en la lengua y en la manera como va adjudicando los significantes para que la cosa tenga alguna existencia en el lenguaje, que podemos dar palo con bola.

INVENTANDO UN LAZO SOCIAL

Aquí se abren posibilidades para pensar, no solamente en el lugar que ellos ocupan, sino para saltar desde aquí a pensar en el lugar que ocupamos, respecto a la economía del objeto en occidente. Es particularizable y no generalizable simplemente; aquí hay una clínica posible de lo particular. No ocupamos en ese panorama el mismo lugar que ocupa el que produce el objeto, ni tampoco el que lo crea. Tampoco producimos discurso científico, simplemente lo repetimos en las universidades y todo ello parece depender de un lazo social en el que gustosamente somos el partenaire de un lazo que nos deja siempre fuera de juego. Y al quedar fuera de juego, el colombiano se reinventa algo que haga las veces de lazo.

¿Cómo lo hace? No se puede inventar de la nada, menos aún un lazo social («nadie puede sacar un conejo de un sombrero si antes no lo ha metido», decía Lacan). Se recrea un lazo social o algo que se le pa-

rezca a partir de lo que se tiene. ¿Y qué se tiene? Se tiene, ante todo, el imperativo de la producción de un objeto de goce. Esto se puede rastrear. Lo hemos hecho aquí someramente, pero se puede profundizar más, preguntando, por ejemplo, si acaso la erección de la ciencia moderna y su imperativo de saber tiene algo que ver en todo esto. Pero aunque es cierto todo esto, este nuevo mundo cuenta además con esa particularidad con que lo marca desde hace tanto la avidez del Otro por el oro, que nunca fue suficiente, cuya fuente, ya fuera imaginada como una montaña de puro oro o una ciudad construida toda en ese mismo material, sigue siendo la quimera esencial, el lugar en donde están puestos los ojos que indican por qué vía hay que buscar y ubicar el objeto brillante en cuestión, que no es otro que el fetiche.

En otras palabras: ¿puede pensarse que el objeto brillante que produce el lazo perverso aquí, en nuestro medio, es ese objeto brillante? ¿Y que es imperativo producirlo porque es ahí donde, desde antaño, tiene puestos los ojos el Otro? ¿Cuál es la particularidad de ese objeto? El de producirse al margen de la ley, el de extraerse a costa de la vida, de la existencia del otro, el de producirse en excedente inimaginable que no puede ser absorbido por las redes del intercambio, el de desaparecer tan pronto como llega, el de hacer «de un bandolero un rey, de un prófugo un almirante, de una prostituta una gobernadora... Y también todo lo contrario». Ese es «el tamaño de nuestra realidad»⁸.

Si todo esto es así, hay que precisar que la escalada en la producción de este objeto nos obliga a concluir que el objeto en este lazo no es algo ajeno, no es sólo ese objeto ahí, sino que el objeto es el sujeto mismo. Es el sujeto el que queda aniquilado, borrado, el que es anonadado, el que resulta reducido a ser desechable. Objeto del goce del otro. El objeto es el sujeto, es el mestizo. Y aquí, ese lazo perverso de pronto cobra un nuevo valor, que es el de ofrecer una salida a una situación que, de mantenerse, es decir, de quedar el sujeto asimilado, absorbido, ahogado en el deseo de goce del Otro, no se entiende por qué no le dejaría el suicidio como única salida. Si yo logro producir un objeto, pasando por el camino que mi destino me dicta, el camino obligado, si logro producir un objeto, entonces puedo crear una distancia entre ese objeto y yo mismo, condenar ese objeto a pro-

8 G.G. Márquez, Op. cit.

ducir el goce que el Otro exige sin tener que sacrificar mi ser a su ilimitada voracidad.

El mestizo es entonces un alquimista; y su producto: «oro un año».

Esto evidencia que se trata de un sujeto atravesado por la castración, es decir, un ser que ya ha pasado por la experiencia de que el Otro es faltante, y por lo tanto deseante: algo quiere; ¡porque sólo desea quien de algo adolece! Quien descubre que al Otro le falta algo es porque sabe ya también que no es él quien la completa, ya sea porque definitivamente no da la talla (lo cual es la castración como destitución subjetiva como posible falo del Otro; en cuyo caso al niño le bastará con escudriñar dónde fija su madre la atención para ubicar qué la deleita), o bien porque justamente ha descubierto que más allá hay otro que es un falo suficiente como para atraer a la madre, como para someterla con su ley-falo, pero esto conlleva, al mismo tiempo, una nueva dimensión de la castración que no es ya sólo falta, sino prohibición de ocupar ese lugar, es decir, lo que en psicoanálisis lleva el nombre de prohibición del incesto.

En su primera presentación, el lazo perverso hace creer que la situación a la que se enfrenta es dual, es decir, que corresponde a la que se esquematiza a la relación de la madre y el hijo mediada por el falo, pero el recorrido realizado demuestra, en cambio, que la ley está presente, y de una manera muy particular: está burlada.

Examinemos la cuestión de la ley estudiando lo que sucede al interior de un taxi. Hay un vínculo que se establece con el taxista a través del taxímetro. La mayoría de los taxis en Colombia viene provisto de *muñeco*, que, manejado hábilmente, sirve para que el taxímetro gire más rápido. De esta manera, el lazo establecido con el taxista no se halla mediado por el contrato simbólico que estaría representado por la tarifa previamente establecida por el Estado, sino por la mirada, siempre fija sobre el taxímetro y sobre el retrovisor a través del cual se encuentran las miradas, y en torno a las cuales va a jugarse todo. Esto sucederá de tal manera que jamás se podrá decir nada, porque jamás se habrá visto nada preciso, pero el truco se realizó, y siempre habrá que pa-

gar más o por lo menos siempre habrá espacio para la duda: ¿hizo funcionar el muñeco? ¿dónde estaba?⁹

He aquí establecido un lazo, y no será lo poco de más que se gana un taxista, es decir, un principio económico, el que lo explique. También el taxista se está jugando aquí su vida, también él quiere vivir, y sabe que su vida depende del discurso, de estar en el discurso, de sujetarse en el discurso. Es un verdadero estado de paradoja que muestra cómo para lograrlo se necesita socavar la ley, minar los fundamentos del estado de derecho, estableciendo para ello un lazo privado con el partenaire.¹⁰

La ley prohibió hace pocos años que los taxímetros estuviesen ubicados en lugares no visibles para el usuario¹¹. Su objetivo consistía en que éste pudiese controlar visualmente el avanzar del contador, lo cual a cierto nivel, intenta reinstaurar el contrato simbólico, es decir, las tarifas estatales como intercesor del lazo social. Muy al contrario, esto reveló que se trata siempre de un truco de magia, porque la magia se hace a la luz, a pleno día. Entre más trata el Estado de introducir un ino!, una prohibición, más el usuario es capaz de demostrar que eso no funciona, que eso no es una verdadera castración; tal vez sea una frustración, es decir, algo de lo que se puede prescindir mientras no exista una figura presentificada, realizada, de la ley, que atestigüe que hay ley: que hay castración. Precisemos entonces: sí es una verdadera castración, pero aún así..., como diría O. Mannoni.

Lo que se introduce en esta forma de entablar el lazo social privado es una corrupción, y como tal es aquello que, no solamente socava la ley de derecho sino que invita al otro del lazo a hacer lo mismo. Esto es evidente en la posición del Estado, aunque no lo sea en la relación establecida entre el taxista y el usuario, porque aquí es fácil inocentarse y decir que se es víctima (lo cual no es cierto). Es en ese deslizamiento al interior del campo de la mirada que se constata cómo el Otro sirve en bandeja, o mejor, da papaya para ese lazo perverso que, como podrá verse más adelante, con ayuda de la mirada, del campo de lo escópico, monta su teatro.

Estos elementos autorizan a pensar que el lazo perverso tiene en su constitución una referencia a una ley perversa, o bien, a

9 Aquí puede verse que la duda es, por una parte, duda sobre la legitimidad de la ley, y además duda sobre dónde está el falo.

10 Esto abre posibilidades para pensar el estatuto de lo privado en nuestro medio: esos subestados privados, eso que actualmente se llama sociedad civil, esos modelos para autodefenderse, se fundan respecto a una ley externa que se empeñan en deruir, degradar, ignorar.

11 Este es el deslizamiento al interior del campo de la mirada. Conviene subrayar que aquí es provocado por el Otro.

un padre perverso, o bien, a la faceta perversa del padre. En un artículo del autor, sobre la génesis de las adicciones¹² se concluye que hay en la adicción una respuesta a la incitación de un padre perverso. Uno de los ejemplos allí expuestos es el de las pataletas y, particularmente, la que arma Goethe y que Freud relata. Este es el punto: siempre podrá ubicarse en las pataletas un otro adulto que invita al sujeto a gozar, sobrepasando la ley que ese adulto conoce. El goce propuesto consiste en sobrepasar la ley, en sobrepasar algún ino!. La pataleta aparecerá asociada con estos elementos. ¿En qué consiste? En que ya nadie la puede parar; hay un límite que ha sido sobrepasado, y en adelante el goce del Otro en el cuerpo del sujeto se convierte en algo que no se puede controlar, que no se puede detener. ¿No es eso lo que llamamos una adicción?

Examinemos un ejemplo: en una ocasión asistí a la siguiente escena en una cafetería: en la mesa contigua se hallaba una pareja con su hijo de aproximadamente un año y medio; el padre, a quien le acababan de servir una cerveza contaba que a su hijo le gustaba la cerveza, y, acto seguido, colocó su botella en medio de la mesa, a prudente pero muy calculada distancia de los brazos del niño. Éste dio muestras con sus ojos de un interés en esa botella, y poco después el padre estaba dándole a degustar un breve sorbo. El padre continuaba probando la cerveza y dejándola entre él y su hijo, ni tan cerca del niño como para poderlo interpretar con un claro «toma, cógela, es tuya», ni tan cerca de sí mismo como para interpretarlo con un claro «esta botella es mía». Simplemente daba papaya, servía en bandeja, corrompía e invitaba a la corrupción. El niño extendió sus brazos y atrapó la botella, lo que llevó al padre a reaccionar rápidamente evitando que se regara o se partiera, y para no dejarlo tomar mucho, aunque lo dejó probar «sólo una gota». El padre continuó en la misma tónica de probar y dejar la botella sobre la mesa; para entonces, para el niño no existía más mundo que esa botella, y tanto sus manos como todo su cuerpo se mantenían en posición de abalanzarse sobre el objeto, sin decidirse sin embargo a hacerlo. Si esta situación se

hubiese prolongado, habría terminado en pataleta; pero en ese momento sucedió algo inesperado: la madre, que hasta entonces había permanecido muy al lado de su pequeño hijo, dijo: «¡No, Julián!», e inmediatamente éste reculó en su intento. Segundos después había olvidado completamente la botella y se interesaba de nuevo en las diversas manifestaciones de su ambiente, que en ese lugar no eran pocas. La sorpresa, sin embargo, vino poco después, cuando me enteré que Julián era el nombre del padre y no el del hijo. O sea, que interviniendo sobre el padre del lazo perverso, la madre había logrado interrumpir el vínculo en que se proponía entrar al hijo.¹³

Se ilustra con esto el mecanismo de la corrupción respecto al objeto: ese punto medio, ese «ni chicha ni limoná» del padre, que no debe resumirse en una sola posición del padre. Tal vez sea mejor decir que el padre presenta dos versiones o, haciendo uso de una anafonía (como las llamó Saussure), par versiones del padre. Tal vez nos hallamos aquí ante las «parversiones» del padre.

Se requiere, no obstante, hilar más fino, porque siempre hay par versiones del padre. Uno es el padre que prohíbe: es el padre vivo. El otro es el padre que abre posibilidades, el que da el apellido, el padre de la metaforización: es el padre muerto. ¿Habremos de inventarnos entonces un tercer padre? ¿Una especie de «padre que invita a gozar»? Sí y no. No, porque ese padre es el resultado de la escisión, de la *Spaltung*, de esos dos padres. Esto significa que ambos están y que ambos operan pero escindidos. El muerto no mata al vivo y el vivo no resucita al muerto. Es un *muerto muy vivo* y un *vivo de muerte*.

Esto justifica las complicaciones de la puesta en escena, por ejemplo en el taxi, y también en lo relativo a ese «justo medio», ese «ni aquí ni allá» que introduce, primero, la duda: ¿lo tiene o no lo tiene (el padre)?, ¿lo suelta o no lo suelta (el padre)? y segundo, la corrupción, es decir, la invitación a participar en la tarea de derrumbar todo lo que se ponga en lugar de ley.

Este trato corrupto queda bien ejemplificado con el montaje de la escena que finaliza en el soborno. En el encuentro entre un ciudadano y un agente de la

12 SANMIGUEL P. E., Genética de la adicción: estudio teórico. En: Revista Colombiana de Psicología, No. 4: Afición, Pasión y Adicción. Bogotá: Departamento de Psicología, UNAL, 1995.

13 Esto confirmaba la conclusión del artículo sobre las adicciones. No obstante, no es nada nuevo, y quienes trabajan con niños en consultorios lo saben: no hay manera de dar inicio a un trabajo productivo clínicamente con un niño, si éste no escucha en algún momento un ino! de parte del clínico a la demanda de la madre, del padre, o de quien lo trae. Ese espacio que así se abre, espacio vacío entre lo que quiere la madre y el sufrimiento del niño, es donde este último puede desplegar sus palabras.

ley, un policía de tráfico, es donde puede tener lugar ese «hacerse el de la vista gorda», para llegar hasta formalizar un encuadre donde las palabras van a ser utilizadas muy cuidadosamente para sostener al mismo tiempo esas dos funciones del padre, sin que la contradicción inherente allí expuesta perturbe a ninguno de los presentes. El agente usará las palabras tan astutamente que sostendrá siempre su semblante de agente, es decir, de representante de la autoridad, de manera que en la medida en que reconoce que hay afuera algo que le dicta la ley, él se reconoce como muerto, como puro representante, y así no puede ser interrogado en la idoneidad de su función, pero al mismo tiempo introduce un rodeo, un «¿entonces qué?», «¿cómo hacemos?», «¿cómo solucionamos esto?», un tiempo de espera, que es el otro padre, el vivo, el que abre el compás, para que del otro lado aparezca lo que espera, es decir la constatación de una corrupción, la mano que se tiende hacia la botella¹⁴. Se crea un rodeo de palabras, pero aquí no hay palabras que designen la cosa en cuestión; inada debe venir a nombrar la cosa! Esto es imprescindible en el lazo perverso.

Esta socavación de los fundamentos de la paternidad, esta destrucción, no lleva a erigir allí otro padre, como en general se hace cuando cae un amo, o sea, cuando se lo mata: se ubica allí otro amo. Pero no en este caso; aquí no hay «a rey muerto, rey puesto». En este caso es el sujeto quien va a ubicarse en ese lugar, pero no para ser un amo; la clínica de la perversión muestra que el perverso no puede ubicarse en una filiación: ni logra decirse hijo de Tal, ni tampoco logra decidirse a ser padre de Pascual. Lo que aquí sucederá será la repetición de las par versiones en una especie de autoengendramiento, de recreación de todo. De esta manera, cada lazo perverso resulta ser autosuficiente.¹⁵

BOLÍVAR Y SANTANDER

Las par versiones del padre pueden ser una guía eficaz para escudriñar la historia. Y seguramente habrá motivos suficientes en cada época histórica para encontrar sus huellas. Tomemos a Bolívar y Santander. Santander es ya un personaje en

este sentido. Fernando González, el filósofo, subrayaba algo que para todos, por haber sido pan diario en la primaria y el bachillerato, nunca pasó de ser una evidente verdad: que Santander es el hombre de las leyes. Y agrega: «Pero el verdadero 20 de julio estalló en el alma de Francisco de Paula Santander. En ella fue en donde nació esto que hoy padece la humanidad y que se llama república de Colombia. Al oír aquellos gritos y noticias, nuestro joven comprendió instantáneamente eso de las tercerías. Cayó en éxtasis y vislumbró un mundo nuevo: con terceros se encubre todo. Vio allí, presentes en su celda de San Bartolomé, a Vicente Azuero, Francisco Soto, Vargas Tejada, Florentino González, Antonio Obando, y a sus compadres José María Obando y Juan José Flores; a todos los terceristas de su futura obra. Vio libertada a toda Suramérica y vio su camino de traiciones: a Sucre asesinado y a Bolívar muerto. Y se vio a sí mismo CUBIERTO DE VIRTUD, gobernando su pedazo, la Nueva Granada. ¡Las leyes! Esta es el arma para su obra; el océano de recursos, el escudo del débil, la fortaleza del gusano, la túnica dorada del asesino. No la ley, sino LAS LEYES. En su éxtasis vio y vivió la verdad de que había sido preparado a sus ascendientes y por su pueblo, gestado por su madre y educado por Santafé para ser el hombre del enredo, de los subterfugios, El HOMBRE DE LAS LEYES. Estas son los bolsillos en las sotanas del padre Omaña, que todo lo ocultan: la moneda sanguinolenta se pierde en ellos. Vio su destino y el de la Nueva Granada: logias, círculos, elecciones, urnas; traicionar y hablar de amor a la patria; venderse y hablar de sacrificio.»¹⁶

Más adelante dirá también que es «el tapado», y que además es «el que tiene preparado siempre un trique», una celada, por ejemplo, para destruir a Barreiro. «Hay una deserción general, pero contra mi voluntad» [...] «el 28 de septiembre de 1828 quisieron matar mis amigos al Libertador, pero contra mi voluntad» [...] «a Mariano París le asesinaron, pero yo no fui: yo más bien sentí como si me dieran una puñalada en el corazón. ¡He amado tanto a esa familia de Parises!» [...] «A un oficial le di tabacos. Todos estábamos enfermos. Esto se acabó; pero ¡cuál mi heroísmo para evitarlo!»¹⁷. Cuatro ejemplos en que el autor revela la estructura de la renegación: ya lo sé,

14 Conviene subrayar que estas frases pueden aparecer en cualquiera de los dos lados que conforman el lazo establecido.

15 Con esto llegamos nuevamente a lo que se llama «privado» en nuestro medio.

16 González F., *Santander*. Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 1994, p. 65-66.

17 González F., Op. Cit., p. 116.

pero aún así.

La correspondencia de Bolívar y Santander constata que sólo Santander da ya para dos versiones del padre. Por una parte, esa insistencia de acompañar desde la lucha de independencia ese movimiento con legislaciones y claridades que impidieran el abuso, y al mismo tiempo conviviendo sin contradecirse en lo más mínimo, ese uso de la ley en provecho propio que debería, como se dice, borrar con una mano lo que con la otra se forja; pero no, lo que resulta de ahí es que «la ley se hizo para violarla». El punto culminante es su defensa respecto a los hechos de la noche septembrina donde, hay que subrayarlo, él mismo asume su propia defensa.

¿Y Bolívar? Bolívar es otra cosa. Es el libertador. Resulta difícil hablar mal de Bolívar. Sin embargo, no deja de ser importante subrayar que dos grandes escritores colombianos han tratado de acompañarlo a la tumba: Gabriel García Márquez con su *El General en su Laberinto*, y Álvaro Mutis en *El Último Rostro*.

¿Qué sucede? ¿No se muere? Y si Bolívar es el libertador... ¿Es con las armas o con las leyes que se accede a la anhelada libertad? ¿Dónde está el fallo?

Esto ejemplifica lo que llamo «parversiones». Ni un camino ni otro resuelven la cosa, sino inventarse un aparataje que recree en su privacidad las parversiones, obligando al sujeto a ese camino de autogeneración y corrupción¹⁸.

EL PODER DE LA PERVERSIÓN

Abordar el concepto de poder resulta fácil si se lo toma como un verbo: poder es poder producir efectos. El poder es la posibilidad de la palabra para producir efectos. Una puñalada es un efecto de palabra; también lo es la sugestión, la hipnosis. El poder de las armas también. Todo depende del nivel en que ese poder se ejerza: simbólico, imaginario o real. No es lo mismo la violencia inherente al poder de nombrar un hijo, la violencia propia del poder de legislar en la ciudad y la violencia realizada del poder de matar a un semejante. Ninguna de ellas, sin embargo, deja de ser palabra. «Al anarquista que, cansado de la palabra, cree *poder* por fuera de ella, no le queda otra opción

que la que le ofrece la palabra misma en otro nivel».

Agreguemos que el poder es la otra cara de lo imposible. No habría poder sin referencia a un punto de imposibilidad. De hecho, ni siquiera se plantearía la perspectiva de producir efectos si todo fuera posible. Sucede lo mismo con el goce. Es porque, no solamente está prohibido sino que resulta imposible, que hay un movimiento contrario, apoyado en el cuerpo, en el cuerpo propio y en el del otro, dirigido a efectuarlo.

El lazo perverso ejerce un poder, que es el *sumum* del poder: consiste en hacer posible lo imposible, tal cual. Es como el mago: la magia y el lazo perverso no sólo se parecen sino que se dedican a lo mismo. Para el mago se trata de hacer funcionar la palabra (es decir, ya lo sabemos: hacer que produzca efectos) allí donde en realidad la palabra es impotente; y no lo puede lograr sino operando un deslizamiento primero al interior del campo de la mirada. No hay mago sin público. Ambos necesitan constatar en nuestra atónita y condescendiente mirada que ellos pueden hacer funcionar la palabra allí donde en realidad es imposible.

LA MAGIA DE LA PERVERSIÓN

Tomemos como penúltimo ejemplo un aparato de magia. Es un cachivache, sin duda. Por consistir de dos aros, este truco de magia guarda cierta importancia para los psicoanalistas; se trata de dos aros que, por su consistencia, permanecen anudados. El truco consiste en desanudarlos. La primera impresión, por



tratarse solamente de dos aros, es que no están anudados, pero sí lo están; porque en realidad, no hay dos elementos, como nos lo quiere hacer creer el mago, sino tres. Hay uno que no vemos a primera vista, y es

el que amarra a los otros dos: es la consistencia del material en que está construida la pieza. El mago nos hará creer que la consistencia del material es real; en efecto, es lo que hace todo

¹⁸ Una aclaración se impone: no busco en alguno o algunos sucesos de la vida nacional la causa de lo actual. La referencia obligada a ellos tiene una importancia decisiva, pero no debe confundirse con la causa. La multicausalidad es una renuncia a buscar la suma de las causas. El psicoanálisis renuncia a la búsqueda de las causas e instaura en ese vacío otra causa: la causa eficiente. En mi planteamiento el lazo perverso como lazo social es la causa eficiente.

mago cuando invita al público a que toque, a que compruebe, a que vea que sí es yodo lo que le echó a la camisa, o cuando el taxímetro está a la vista. No debe concluirse apresuradamente que la consistencia es que sea de acero. No es que sea de acero, sino que fue hecho con acero y, por ejemplo en este caso, no es sólo el hecho del acero sino que se ha introducido una cierta flexibilidad en uno de los dos aros.

Esto es justamente lo que debe recordar que todo está preparado y por lo tanto no es real, es simbólico. Hay un deslizamiento de lo simbólico hacia lo real. Lo que es simbólico se nos presenta como real [S→R]. Esta transformación de S en R (es lo que demuestran todas estas magias, la del bus, la del taxi) se realiza introduciendo una equis (x) que es la mirada, la puesta en escena, el tinglado. Entonces podemos decir: deslizamiento de S en R por medio de lo imaginario (I).

Es la misma razón por la cual García Márquez no lograba convencer a su amigo de que no lo había preparado todo sólo para impresionarlo, porque si él se pone en la tarea de explicar cuál es el simbólico que sustenta cada uno de esos acontecimientos, es decir, si dice que en realidad todo eso es simbólico y no real, sencillamente se acaba su magia; y ninguno de nosotros quiere que se acabe porque ahí, justo ahí, reside el resorte de su sublimación. Por supuesto que hay indicadores muy precisos, culturales, simbólicos, que hacen que, aunque aparentemente dos puertas marcadas «salida de pasajeros» (que nos hacen pensar en lo real de la indiferenciación), deberían llevar a la confusión, nadie se equivoque a la hora de embarcar, porque hay un código simbólico que no nos es revelado. Esto es *realismo*, donde justamente ese *ismo* toma todo su valor, y en el que se le atribuye valor real a lo que en realidad pertenece a otro nivel. La lengua da aquí nuevamente pruebas de la manera como nombra; pruebas de su poder. *Mágico*, porque el camino que traza para lograr su objetivo no se diferencia del de la magia y por ende tampoco del del lazo perverso. Este camino queda indicado por la I.¹⁹

De igual manera entonces, hay un deslizamiento de lo real en imaginario [R→I]. Lo real es que el Otro es faltante, que hay imposible. Lo imaginario es el falo que completa, el objeto de consumo. Esto es: el taponamiento imaginario de una falta real. Esto corresponde a la magia misma, es decir, que lo

19 Hacer de lo simbólico un real es ubicar la naturaleza en el lugar de la ley.

20 Es sobre el neurótico, se dice, que se apoya el perverso para montar su obra.

imaginario que aquí se produce es soltar los aros. Es lo que hace que brille el falo. Y el deslizamiento se opera con apoyo en lo simbólico (S). Lo simbólico es la ley. La ley de la castración. Aquí encontramos de nuevo a Freud cuando dice que sólo se reniega sobre fondo de castración.

En este lugar de lo simbólico puede ubicarse al extranjero, por la función y el lugar que cumple en esta historia. Al alemán del cuento del domador de leones o al corresponsal español, o al extranjero que compra la esmeralda. En cierta forma son contraejemplos, pero lo que aportan es aquí lo fundamental: el código, el marco simbólico que está regido por la castración; es decir, el lugar desde donde se espera que el otro mire el truco, porque si no, no hay efecto sorpresa. Sería como hacerle un truco a un grupo de magos que ya lo conocen. Entonces: es apoyándose en el marco simbólico, en la castración, que se reniega. Esto hay que tomarlo al pie de la letra: es la posición del extranjero la que adopta cada cual cuando, inocentándose del lugar que ocupa, termina

S (I) R
R (S) I
I (R) S

diciendo que eso no tiene pies ni cabeza, que es una locura. Y también cuando, partiendo de este lugar tercero, desliza hasta quedar inmerso en el lazo perverso.²⁰

Por último, lo imaginario se presenta como simbólico [I→S]. Se nos hace creer que lo imaginario es simbólico; que sobre esa relación con el partenaire, relación mediada, no por un líder, no por un significante del nombre del padre, no por un amo, sino por el brillo fálico instantáneo, se puede fundar un lazo social, es decir, un lazo que, pudiendo ir más allá de la producción de goce, demuestre lo imposible de éste y dé lugar entonces al deseo.

La forma como lo logra es con lo real (R), es decir, apoyándose en el objeto como inexistente, en un saber; que el objeto del deseo no existe, mueve al hombre a establecer lazos que le permitan presentificar algo de ese objeto en lo imaginario, y por eso podemos pensar en el lazo perverso como una corrupción que agranda, que magnifica lo imaginario, a través de un realismo. Pero ya hemos examinado cómo ese

pretendido lazo imaginario que así funda, no dura; sólo dura mientras se mantenga I, mientras se está en el bus, en el taxi, en el espectáculo. Quiero decir: no dura como lazo *sociál*, lo cual lo condena a la repetición para poderse mantener. Es un lazo que hay que estar fundando a toda hora, porque nada parece fundarlo de manera más permanente. Por eso es corrupto; porque es lo que aparece cada vez que desaparece ese lazo imaginario mediado por el falo presentificado. Es lo que aparece cuando el policía no está realmente parado en la esquina²¹.

En este punto, hemos llegado a conformar una matriz de triple entrada que, si tiene consistencia, debería ponérsela a trabajar. Por ejemplo: qué tiene que ver con occidente, dónde puede explicarnos algunas de las facetas del funcionamiento de occidente y dónde se deslinda de éste; qué relación guardan estos tres pisos con los tres tiempos del fantasma (hay razones suficientes para considerarlos como hechos con la misma pasta).

UN DESECHO POSIBLE

La sublimación y la perversión comparten al parecer más de un rasgo: ambas producen un objeto, en ambas se autogenera un nombre, es decir, no se espera recibirlo del otro, por ejemplo, en el caso del linaje; sólo la producción del objeto es garante del nombre. La obra misma ocupa el lugar del falo, es «una creación de la perfección fálica», como dice Pommier. Su función es igualmente la de encubrir la castración y, por lo tanto, en el efecto, en lo producido, hay una significación fálica que llena la falta. Así mismo, en la obra de arte hay siempre un deslizamiento al campo de la mirada, de lo escópico, imprescindible para sustentar la operación.

La obra «El Violoncelista» fue realizada utilizando también dos aros exactamente iguales que componen otro truco de magia. No es una escultura, tampoco es una foto. Es figurativa. Aunque haya sido construida con elementos simétricos, y que éstos estén dispuestos simétricamente, la obra no es simétrica. Si se la observa al revés, podrá notarse que el brillo fálico no recaerá sobre la obra como totalidad; en

cambio el falo parecerá desprenderse de la totalidad, brillar por sí mismo, y quedar además identificado al sujeto. Lo que era obra no será ya más que despedazamiento, piezas.

Esto demuestra que la perversión es el negativo de la sublimación, porque son uña y mugre, son el cara y sello de una misma moneda; no se puede arrancar la cara sin que desaparezca el sello, y viceversa: no se puede tener la cara sin tener el sello²².

Una obra no tiene derecho ni revés si no se la ha firmado. Basta con imprimirle la firma, o al menos su nombre, para no dudar sobre cuál es el derecho de las cosas.

ELABORACIONES POSTERIORES SOBRE LAS INTERVENCIONES.

El discurso de occidente parece haberse organizado en torno a los objetos, de tal manera que éstos, como ya se dijo, aporten un poco de goce pero al mismo tiempo muestren su otra cara que es la desilusión. Es decir, que como ningún objeto logra ubicarse como enteramente satisfactorio, se establece una cadena, y al mismo tiempo se establece una tendencia, una invitación, si no un imperativo, a buscar en los objetos lo que le falta al sujeto. Esto, si bien introduce con la falla de satisfacción un espacio vacío para el deseo, también es cierto que introduce una gran alienación. Ahora bien, ¿dónde van a verse reflejados los efectos de dicha alienación? Es ahí donde surge la necesidad de hablar del síntoma. Creo entender que así se formula la idea según la cual puede llegar a decirse que, dado el lugar tan particular que «nos tocó» ocupar en el discurso capitalista, no somos sino síntoma de éste. Es sorprendente, sin embargo, cómo este tipo de formulaciones, a pesar de arrastrar consigo un innegable fundamento, terminan desafortunadamente también corroborando el lugar de objeto que consecuentemente se ha de ocupar.

El síntoma es aquello que en un aparato montado para producir goce, demuestra que eso no funciona, que tiene fallas por todas partes. Toda institución organiza un síntoma, y éste es necesario para su funcionamiento. No se puede disolver un síntoma sin provocar efectos de disolución

21 No hay que llamarse a engaño: que él esté ahí realmente no quiere decir que sea real, sino imaginario. Este es el estatuto de las leyes, en plural.

22 Tal vez sea más preciso decir: pervertir es el negativo de sublimar, para subrayar el ejercicio inherente al lazo perverso. Esta perspectiva perversión-neurosis y lo expuesto sobre su inserción en la constitución de una realidad que es la nuestra, debe servir para abordar, por ejemplo, de una manera más justa y más profunda, la obra de Luis Caballero.

de la institución a la que sirve.

Formulaciones como la del psicoanalista Ch. Melman, según las cuales América Latina puede caracterizarse por una radical imposibilidad discursiva, efecto del colonialismo, han sido recibidas escépticamente, no tanto porque se las haya estudiado, ni siquiera porque no se les vea mucha razón, sino porque su formulación no deja de ser imperialista. El trabajo que aquí presenté corrobora las hipótesis de Ch. Melman, porque he propuesto el lazo perverso como una salida del sujeto ante una imposibilidad discursiva, y puesto que de alguna manera he subrayado, en esa búsqueda de goce, la reducción del semejante a puro objeto sobre el cual se ejerce una violencia que lo aniquila. Pero al mismo tiempo he querido recuperar al sujeto, en el sentido de un movimiento que a pesar y a causa de la situación, es capaz de llegar a plantearse como deseo, tomando distancia, como puede, del deseo del Otro y de la Ley. La situación resultante es supremamente paradójica. No obstante, hay una diferencia entre condenar, con la mirada psicoanalítica, a la total imposibilidad y al lugar de objeto desechable, o recuperar de allí, con una escucha psicoanalítica, al sujeto deseante que se expone.

Ahora bien, se me podría objetar que no hay en esto más sujeto que el que supongo, lo cual me conviene; también podría oponerse que la perspectiva de «síntoma del capitalismo» no necesariamente se opone a la de sujeto, lo cual es cierto aunque no nos lleve muy lejos: solamente a constatar que el sujeto comparte con el síntoma la condición de sufrimiento respecto al otro y su Ley.

Pero el sujeto es constatación de la distancia respecto al Otro y emergencia concomitante del deseo. En este sentido, «desechable» es brújula para entender hasta qué punto el sujeto deviene él mismo objeto síntoma, lo cual no debería opacar el ñero que allí lucha por existir ♡

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ANDRÉ S., *L'imposture perverse*. París: Seuil, 1993.
 AULAGNIER-SPAIRANI P., CLAVREUL J., PERRIER F., ROSOLATO G. & VALABREGA J-P., *Le désir et la Perversion*. París: Seuil, 1967.
 BRUNO P., *La Per-Versión*. Medellín: Fundación Freudiana de

Medellín, 1992.

Cartas Santander - Bolívar. Santafé de Bogotá, Fundación para la conmemoración del Bicentenario del natalicio y el Sesquicentenario de la muerte del General Francisco de Paula Santander, 1990 (6 t.).
 CASTORIADIS-AULAGNIER P., CLAVREUL J., VALABREGA J-P. et als., *La Perversion*. Buenos Aires: Trieb, 1978.
 DUEÑAS G., Familia. Mestizaje y Formación de Estado. Texto inédito mecanografiado. Conferencia pronunciada el 22 de febrero de 1997 en la Asociación de Psicoanálisis y Psicoterapias, Santafé de Bogotá.
 FREUD S., Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925). En *Obras Completas (O. C.)*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
 FREUD S., La Organización genital Infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad) (1923). En *O. C.*, t. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
 FREUD S., Feticismo (1927) En *O. C.*, t. XXI, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
 FREUD S., Tres ensayos de teoría sexual (1905). En: *O. C.*, t. VII, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
 GONZÁLEZ F., *Santander*. Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 1994
 LACAN J., *El revés del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1990.
 LACAN J., *La Angustia*. Inédito. 1962-1963.
 LACAN J., *La Ética del Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1992.
 LACAN J., *La Relación de Objeto y las estructuras freudianas*. Barcelona: Paidós, 1994.
 LACAN J., *Le désir et son interprétation. Séminaire 1958-1959*. París: Publication interne de l'Association freudienne internationale, 1994. [Circula una traducción al español de este seminario en versión mecanográfica].
 MacCANNELL J.F., *Perversion in Public Places*. Conferencia inédita. 1998
 MANNONI O., Ya lo sé, pero aún así. En: *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973, pp. 9-27.
 MELMAN Ch., Casa grande e senzala. En: *D'un inconscient post-colonial, s'il existe*. París: Association Freudienne Internationale, 1995, pp. 7-12.
 MELMAN Ch., Le Complexe de Colomb. En: *D'un inconscient post-colonial, s'il existe*. París: Association Freudienne Internationale, 1995. pp. 17-32.
 MELMAN Ch., El Discurso del Colonialismo. Conferencia pronunciada en Quito, el 26 de julio de 1996.
 POMMIER G., *En qué sentido el psicoanálisis es revolucionario*. Santafé de Bogotá: Aldabón, 1997.
 SANMIGUEL P. E., Lien pervers: lien social? Réflexions à partir du quotidien à Santafé de Bogotá. Conferencia pronunciada en la Association Freudienne, París, Enero de 1998.
 SANMIGUEL P. E., Genética de la adicción: estudio teórico. En: *Revista Colombiana de Psicología*, No. 4: Afición, Pasión y Adicción. Bogotá: Departamento de Psicología, UNAL, 1995
 VARIOS AUTORES., *Histeria y Obsesión*. Buenos Aires: Manantial, 1986.
 VARIOS AUTORES., *Perversion y Vida Amorosa*. Buenos Aires: Fundación del Campo Freudiano, Manantial SRL, 1990.
 VARIOS AUTORES., *Rasgos de Perversion en las estructuras clínicas*. Buenos Aires: Manantial, 1990.